

EL ALMA DEL CUERVO

EL ALMA DEL CUERVO

Maria Luisa Penín Navascués
Barcelona, 2025



Primera edición: noviembre, 2025,
Título original: *El alma del cuervo*
Diseño de cubiertas: Núria Penín Navascués.
Dirección del proyecto:
Núria Penín Navascués
M^a. Luisa Penín Navascués

©Nuria Penín, 2025.

©Nuria Penín, 2025.

©De la presente edición en castellano:

La gata con gafas, Ediciones Transmedia
Carretera de la Bordeta, 53, 1^o 4^a.
Barcelona-08014
Tel. 601097611
E-mail: lagatacongafas@historiasdondevivo.com
www.lagatacongafas.com

© Imagen de cubierta: Adobe Stock, everettovrk.

Ejemplar gratuito.

Cualquier forma de reproducción, distribución o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, a excepción de lo previsto por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), www.cedro.org en caso de que necesite fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*La línea entre víctima y verdugo es tan fina,
que hay veces que se puede tener un pie en cada lado.*

OFF_THE_RACCORD (INSTAGRAM)

*A mis padres,
que me transmitieron el mejor
de los legados:
su capacidad para afrontar
la adversidad*

CAPÍTULO III

SEDA ROJA

I

Aquella noche opaca y cerrada, Clarence se detuvo ante la puerta de su dormitorio y frunció el entrecejo al experimentar aquella sensación familiar. Hacía ocho años que notaba su presencia insolente, pero, a pesar del tiempo transcurrido, no se había acostumbrado. Y, ahora, la sentía enfurecida, despiadada, desafiante...

Aguzó el oído. Reconocería los ronquidos penetrantes de la hermana Shellon entre mil. Entre un millón. Después, desvió la mirada hacia la estancia que ocupaba su hija, pero no se atrevió a traspasar el umbral. Sabía que la joven estaba enojada con ella, pero la solicitud de matrimonio de Thanos la había cogido desprevenida y la había rechazado sin meditarlo, hecho que había motivado el enfado de su hija, que le había suplicado que aceptara en su nombre.

Se lo había suplicado una y otra vez; incluso, se lo había exigido, mientras la monja la traspasaba con su mirada reprobadora. Le hubiera gustado preguntarle por qué. Clarence sentía unos celos rabiosos de aquella mujer, que tan bien congeniaba con su hija moribunda. Pero no hubiera sido justo con Berenice ni con la monja

que las había acogido cuando abandonaron a toda prisa su hogar, ocho años atrás.

Giró el pomo de bronce, empujó la puerta y un chirrío familiar la acompañó al interior de la habitación, iluminada solo por la luz débil proveniente de la lámpara de aceite. Clarence cerró la puerta tras de sí. Avanzó hacia el escritorio despacio, retiró la butaca y se sentó. Dejó la lámpara sobre la superficie pulcramente ordenada y permaneció en silencio, esperando, como siempre, un regaño, un reproche, una amenaza... Se frotó los ojos fatigados y contempló su imagen en el espejo. Pero el espejo solo le devolvió una sombra.

Elysa se situó a su espalda y acarició sus brazos. Clarence se tensó al notar su aura sólida sobre las mangas de su vestido y miró al frente. El escritorio en el que despachaba la correspondencia diaria estaba situado, justo, bajo el amplio ventanal. La luz de la luna no lograba atravesar la recia cortina de agua que golpeaba con furia los cristales, así que se hallaba prácticamente a oscuras. Entonces, la presencia le habló en susurros desafinados:

—Escribe esa carta— ordenó Elysa, pausadamente.

Clarence se mantuvo unos segundos en silencio antes de responder:

—He hecho siempre lo que me has pedido...

—No siempre —recriminó la voz.

La mujer se giró para situarse frente a la presencia.

—¿Por qué? ¿Por qué atormentar a una joven que se encuentra a las puertas de la muerte? ¿Es que no tienes compasión? Es demasiado cruel hasta para ti.

«¿Compasión?» —meditó Elysa—. «Tú no mereces mi compasión».

La aparición acercó su boca inmaterial al oído de Clarence y, con evidente desdén, susurró:

—¿Preguntas por qué? Porque mi hijo lo desea... lamentablemente.

—¿Tú tampoco lo apruebas? —Por un momento, Clarence suspiró aliviada, pero fue un instante tan fugaz...—. No te entiendo. Entonces, ¿por qué insistes?

—Porque sé lo que Berenice pretende.

—¿Y qué pretende, si puede saberse? —La viuda se llevó la mano enojada al pecho—. Si lo sabes, dímelo, porque yo lo ignoro...

Elysa insistió:

—Escribe la carta. Escribe o tu hijo jamás contemplará el paraíso.

—¡Júrame que no lastimarás a Berenice! ¡Júrame que no perturbarás sus últimos días y que abogarás por su descanso eterno!

Elysa esbozó una sonrisa invisible y asintió:

—Lo juro ante Dios.

—Está bien —suspiró—, pero, Elysa, te lo advierto: me has chantajeado por última vez. Dios es justo y compasivo. No te permitirá secuestrar eternamente el alma de mi primogénito. Y si él no actúa, yo lo haré. Quizás el diablo me escuche a mí también.

Clarence sintió la energía poderosa de Elysa sobre sus mejillas. Se frotó la cara y abrió la ventana para refrescar el ambiente y molestar al fantasma. La lluvia fresca empapó el escritorio, pero Elysa no se inmutó. Pronunciar el nombre de Dios en vano le proporcionaba una satisfacción poderosa y una dosis de energía extraordinaria. Se había acostumbrado a habitar ese espacio que se encuentra entre el inframundo y la experiencia terrenal, y ya no le parecía tan solitario, tan obscuro ni tan amargo. Thanos viviría y la joven Berenice moriría pronto. La tisis la mataría en cuestión de semanas. Después, envolvería su espíritu como la araña

envuelve a la mosca en su trampa mortal. La arrastraría hasta el mismísimo infierno para que su alma se volatilizara en el reino de Lucifer. Estaba relativamente tranquila, porque sabía que Berenice solo conseguiría su propósito de contar con el favor de ciertas entidades ancestrales, así que no había nada que temer, porque era harto imposible que las conmoviera. Pero era importante permanecer alerta.

Elysa contempló a Clarence, que había sacado una hoja de papel verjurado y sumergía, pensativa, la pluma de ganso en la tinta. Se distrajo un segundo y la derramó justo encima de la Biblia. La viuda suspiró fastidiada y se afanó en aplicar papel secante sobre la mancha, que se extendió lentamente sobre la cubierta del libro sagrado sin que pudiera evitarlo.

Elysa pensó un momento en la amenaza vertida por su hermana política.

«No tienes agallas», decidió antes de regresar al oscuro y vasto universo.

II

Berenice despertó de madrugada ahogada por la tos. La hermana Shellon se levantó al instante, se arrodilló sobre su lecho, le colocó su mano templada en la frente y, con un pañuelo, recogió sus esputos sanguinolentos. La enferma intentaba coger aire, pero la tos rebelde se lo impedía.

Se asfixiaba. Sus mejillas habían enrojecido, sus labios se veían amoratados. Sus pulmones emitían, en cada ataque, un estertor agónico que impresionaba y atemorizaba a los criados que la atendían. Ardía y tiritaba a causa de la fiebre.

—¡Ayuda! —La hermana Shellon gritó tan fuerte como sus pulmones se lo permitieron. Clarence no tardó en aparecer sujetando su chal contra su pecho. Al ver que Berenice se ahogaba, se quedó junto a la entrada, temblando, sin saber qué hacer. La monja insistió:

—Llame al doctor Barrow... ¡Ahora!

Pero Berenice negó con la cabeza con energía. No más sangrías. No más purgantes... Su rostro se veía pálido, se palpaba frío detrás de su aspecto sofocado. Clarence, impotente, comenzó a rezar y a dar vueltas por la habitación. La hermana Shellon le pasó un paño húmedo por el rostro a la chiquilla, a la que la tos persistente no daba un respiro.

—¡Clarence, acérqueme la quina, por favor. El frasquito oscuro que está sobre la mesa...

La mujer corrió a cumplir el encargo de la monja. Cogió el frasco sin dejar de rezar.

—Respira... —La hermana Shellon incorporó a la joven y la sostuvo para que se mantuviera sentada, apoyó la palma de su mano en su pecho y se lo frotó con suavidad.

Clarence la miró con desconfianza.

—El masaje estimula la respiración y la ayuda a expulsar las flemas, señora.

—¿No hay nada más que pueda hacerse? —preguntó angustiada.

La hermana negó con la cabeza mientras fijaba su mirada atenta en Berenice y la mantenía en posición erguida. Sin levantar la vista de la joven, señaló la mesa en la que se amontonaban los remedios prescritos, escrupulosamente organizados.

—La ciencia médica prescribe infusiones de menta, tomillo, hinojo y regaliz para aliviar la congestión. Nada más puede hacerse salvo esperar un milagro...

Shellon cogió el frasquito que Clarence le tenía con mano temblorosa y lo apoyó en los labios de la enferma—. Traga, hija mía... Así. Así...

Poco a poco, los ataques de tos se fueron espaciando y su respiración comenzó a estabilizarse. Lentamente, la crisis dio paso al alivio y Berenice fue regresando a su normalidad desconcertante. Clarence se acercó a su hija y la asió con fuerza de la mano:

—Tranquila, hija mía. Le he enviado a Thanos una nueva carta como tú querías. El cochero partió hace dos horas con mi bendición...

Berenice sujetó la mano de su madre y un leve apretón le transmitió su agradecimiento. Entonces, Clarence se desmayó. Se oían pisadas firmes en la escalera, que conducía al piso en el que se encontraban. Los criados se habían despertado al escuchar el trájín. Abrieron la puerta, pero se quedaron en la entrada cubriendo boca y nariz con recios pañuelos. Clarence permanecía tendida sobre el parqué.

—Llévensela a su dormitorio —ordenó la monja mientras se frotaba las manos con un paño limpio.

El mayordomo y la cocinera contuvieron la respiración mientras aupaban a su señora y la conducían a sus aposentos.

Shellon intentaba reanimar a Berenice cuya mirada parecía extraviada. Su respiración parecía más regular, pero, al aplicar el oído a su pecho, distinguió el borboteo que indicaba que había líquido en sus pulmones. La acunó entre sus brazos.

—Pobre niña... —Shellon suspiró y su mirada se oscureció hasta volverse negra como la noche.

No podía permitirse sentir piedad.

III

La enferma despertó hacia las once de la mañana. La habitación olía a eucalipto. Sentía la caricia de las sábanas recién cambiadas y el perfume ostentoso de las rosas del jardín. La hermana Shellon vigilaba que el recipiente que contenía el agua hirviendo se mantuviera caliente día y noche.

La monja se movía por el dormitorio de forma tan sigilosa, que parecía que sus pies no tocaban el suelo. Sus movimientos eran certeros y veloces. Abrió de par en par las puertas que flanqueaban el paso a la terraza privilegiada. Con veneración ordenó la mesa en la que se apilaban distintos remedios. Los frascos se hallaban debidamente etiquetados, los paños lucían doblados con primor, ordenados en pequeñas pilas de lino blanco. Shellon frotaba las cucharillas de plata hasta que relucían. Las tazas en las que servía el té de regaliz, que tanto bien le hacía a la joven, estaban cubiertas por un lienzo finísimo. Al comprobar que Berenice había despertado, se acercó diligente y colocó la palma de la mano sobre la frente y las mejillas.

—Loado sea Dios. No tienes fiebre... Te vas a tomar un caldo bien caliente. La señora Baker lo ha preparado para ti...

Berenice sujetó el brazo de la que consideraba su mejor amiga.

—Todavía no...—susurró—. He tenido un mal sueño...

La hermana dejó la taza sobre la mesilla de noche y se sentó junto a la cama.

—Me siento tan débil... creo que ha llegado el momento de que yo me vaya, amiga mía.

La lluvia repiqueteaba en los cristales; una lluvia fina, traída por el viento y envuelta en la espesa niebla londinense.

Berenice miró, resignada, a la monja, que la contemplaba con dulzura mientras agarraba su mano con fuerza.

—Me estoy muriendo, Shellon. Y tengo tanto miedo... Y, ahora, justo ahora, tengo muchas ganas de vivir. He querido morir tantas veces... Pero, ahora, no quiero. Ahora tengo un propósito...

La mujer le apartó el cabello de la cara.

—No aventures lo que está por venir, querida, porque solo la divina providencia sabe lo que ocurrirá. Necesitas alimento, niña. —La monja cogió de nuevo la taza y removió el caldo con la cucharilla. El tintineo de la plata contra la blanca porcelana produjo un sonsonete reconfortante.

Berenice carraspeó y contempló las suaves y verdes colinas que se divisaban desde su posición. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

La hermana Shellon estiró su brazo hacia el costurero y cogió un carrete de hilo de seda rojo como la sangre y unas tijeras de bordar afiladísimas. Entregó el carrete a la joven, que lo sujetó con determinación y extrañeza.

Y, entonces, la monja dudó. Solo por un momento, pero lo cierto es que dudó. Finalmente, se levantó y caminó hacia el extremo opuesto del dormitorio. Mientras el carrete se iba devanando, hablaba:

—¿Has oído hablar de las Moiras?

Berenice negó con la cabeza mientras sujetaba la bobina.

—Se decía, tiempo atrás, que las Moiras gobiernan la Tierra desde tiempos inmemoriales. Cuando un niño

nacía, ellas le asignaban un destino, determinaban el tiempo que viviría y el tipo de muerte que sufriría.

El cielo se encapotó de repente y la habitación se vio envuelta en una negrura inesperada. Desde la cama, Berenice solo distinguía la silueta oscura de la mujer, que continuaba devanando el carrete. De forma instintiva, ella lo sujetaba con firmeza.

—En ocasiones —susurró la monja—, las Moiras intervenían en los asuntos de los humanos cuando se requería modificar el destino de una persona. Eran tejedoras. Tejían el destino de los hombres...

Berenice contempló a Shellon, que se mantenía inmóvil a cierta distancia. Respetó el silencio turbador que las rodeaba.

—Y... hay quien cree que aún lo hacen.

Shellon realizó una pausa y avanzó unos pasos hacia delante para disminuir la tensión que se había producido al sujetar ambas el torzal. Berenice la contempló inquieta. Se sentía intimidada sin saber por qué.

—Hesíodo, el primer filósofo de la antigua Grecia, creía que las Moiras eran tres. Y que cada una desempeñaba una función. Cuando un niño nacía, se comenzaba un tapiz. Cloto preparaba la urdimbre, Láquesis determinaba la longitud del tejido y Átropo...

En ese momento, Berenice distinguió el brillo del acero de las tijeras que la hermana sujetaba con firmeza.

—Átropo cortaba el hilo cuando llegaba la hora de la muerte. Se dice que era inflexible, que cumplía su cometido sin piedad. Por eso la llamaban la Inevitable—. Su voz sonaba ronca, definitiva. Se diría que, incluso, diferente.

Berenice sintió que el corazón se le escapaba por la boca. Entonces, tomó una decisión. Miro al frente

desafiante y tiró del hilo con toda la fuerza que pudo reunir, considerando su estado precario.

Pero el hilo, tan fino, tan frágil, no se rompió.

IV

*Una tarde soleada de 1854.
Bybury. Ocho años atrás.*

Cuando el sol hizo su aparición en el horizonte, nadie podía imaginar que aquel día alteraría de forma definitiva el destino de todos. Berenice cumplía doce años. Lo habían celebrado de forma austera, como siempre hacían desde la muerte de su hermano pequeño. Alrededor de las cinco de la tarde se despertó de su siesta descansada y feliz. La niña dormitaba en el jardín acariciada por los débiles rayos del sol de media tarde. Thanos la miraba pensativo. Su prima irradiaba una sensación de bienestar que lo irritaba. Lo irritaba y lo malhumoraba. ¿Por qué tenía que parecer tan dichosa?

La casa se asentaba en el paisaje sinuoso que ofrecían los campos dorados de cebada y en los verdes pastos. La mansión en la que vivían, de arquitectura neoclásica, estaba situada en el centro de las seis hectáreas de terreno que pertenecían a la familia. Los vastos prados ocupaban la mitad de la propiedad; un sendero los dividía de la otra mitad y se perdía en el territorio fangoso que daba paso a los humedales y a las tierras pantanosas.

Los niños tenían terminantemente prohibido cruzar el sendero que separaba los campos transitables de la ciénaga. John, el primogénito de la familia, había muerto ahogado por culpa de su niñera, que se reunía a diario con su amante en aquella zona intransitable. La muchacha había perdido pie con la criatura en brazos y había caído sobre arenas movedizas. El terreno inestable los succionó como si se tratara de un embudo. A pesar

de ello, la desdichada mujer consiguió regresar a tierra firme con el niño en brazos, aferrándose a los carrizos que crecían a la orilla del humedal.

Pero el pequeño no tuvo suerte y se asfixió. La afligida sirvienta fue considerada culpable de negligencia inexcusable y flagelada hasta la muerte por Sir Jeremiah Johson, señor de la propiedad, ante la mirada aterrorizada de los criados y la indiferencia de su esposa, que permanecía vacía, inalterable, como si el espíritu de su hijo se hubiera llevado también su alma, así que Clarence nada hizo para evitar semejante atrocidad. Desde aquel día, quedó totalmente prohibido traspasar el sendero que dividía la propiedad en dos.

Nadie osó jamás contravenir aquella orden.

Nadie hasta aquella tarde.

Thanos contemplaba meditabundo a Berenice. La niña lo miró de reojo con temor y con fastidio.

—Quiero que crucemos al otro lado —exigió.

Berenice sintió un escalofrío. No se atrevía a contrariarlo, pero tampoco quería ir allí.

—Está prohibido... Ni hablar. ¿Quieres que mi padre nos mate? A lo mejor deberíamos ir para que te cuelgue de un árbol. Tu cuerpo se balanceará como un péndulo durante días en la entrada de la propiedad. ¡Y yo lo celebraré!

Berenice se incorporó. Parecía que había sorprendido a Thanos con su respuesta, así que se envaletonó y continuó provocándole:

—Sí. Vayamos. Seguro que cuando regresemos tendrá preparada una muerte horrenda para ti. Y, para que sirva de escarmiento, conservará tu cadáver en un barril de sal durante semanas. ¡Hasta que te pudras y los cuervos te arranquen los ojos!

Thanos rio a carcajadas.

La miró con desprecio y contenida admiración. Cada día que pasaba, Berenice se arriesgaba más, golpeaba más fuerte. Sus respuestas se tornaban más afiladas, más hirientes. Era consciente de que el joven la respetaba cuando se envalentonaba. Pero cuando cruzaba la línea roja, Thanos la reprendía con extrema dureza. Así que, respecto al joven, Berenice se mantenía como un funambulista sobre el cable caminando sobre el abismo: en precario equilibrio. Cuando menos se lo esperaba, recibía el castigo merecido, incluso, transcurridas varias semanas. Y el castigo resultaba medítadamente cruel. Pero en aquella ocasión, la niña no lo vio venir.

La voz del joven distrajo a Berenice de sus meditaciones.

—Siempre sigues las normas como hacen tus borregos. ¿Cómo acaban los borregos, Berenice?

—Me lo vas a decir, ¿verdad? —La joven manoteaba para espantar a una abeja.

—Degollados. ¿Quieres morir degollada?

La niña enrojeció a causa del enfado que sentía, pero contuvo su ira y su respuesta. Parecía que Thanos llevaba unos días más tranquilo e intuía que alterarle demasiado no le convenía. Temía a su padre y el castigo que podía infligirles, pero temía más al hijo del sepulturero.

—¿Puedo saber qué se te ha perdido allí?

Thanos mintió; hacía tiempo que tenía la respuesta debidamente preparada:

—Mi madre ganaba algún dinero...

—Me acuerdo de tu madre —interrumpió la niña—. Era mi tía. No sé qué encontró una mujer de su clase en un sepulturero, que además era un borracho. Avergonzó a la familia...

Berenice se mordió los labios.

Ante la insolencia, Thanos le devolvió una mirada peligrosa, pero contuvo la rabia que sentía. Aquella brujilla pronto recibiría su merecido.

—Mi madre era muy valiente y, mi padre, un malnacido, ¡como el tuyo!

—Mi padre te castiga duramente porque sabe que disfrutas provocándole. ¿Qué clase de vida llevarías si no fuera por él? ¡Desagradecido!

El chico le dio un giro a la conversación.

—Mi madre recorría zonas pantanosas buscando remedios. Después, los vendía al boticario.

Berenice arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Es eso? ¿Vamos a buscar hierbas medicinales? —preguntó interesada—. ¿Las conoces, acaso?

Thanos asintió mientras masticaba una ramita de manzanilla. Había orgullo en su mirada.

—Acompañaba a mi madre en algunas ocasiones.

—Prométeme que no me arrepentiré, Thanos. Porque juro ante Dios y ante la Virgen María que, si me lastimas, te mataré. Y será cuando menos lo esperes. Porque yo... —Extendió el brazo y, con determinación, le clavó la yema del dedo índice entre los ojos— ni perdono ni olvido —silabeó.

Thanos se incorporó y se lanzó sobre ella con la rapidez de un felino. La agarró del cuello con fuerza, pero ella no se quejó. Puso los brazos en cruz y relajó sus miembros. Thanos presionó, pero cuando sus labios se tornaron azulados, la soltó.

No había nada que causara mayor placer a Berenice que fastidiar a Thanos llevándole la contraria. Había superado el pavor que inicialmente le había causado. ¿Decía que era cobarde? Pues iría a la ciénaga y le demostraría que podía ser tan valiente como lo fue su tía Elysa.

Se levantaron y emprendieron el camino. Ambos avanzaron con determinación bordeando el sendero que conducía hasta el río, echando la vista a atrás de vez en cuando para comprobar que nadie había notado su ausencia.

El paisaje se transformaba a medida que se acercaban a la zona prohibida. Los trinos de los pájaros se confundían con el silbido del viento y, poco a poco, fueron sustituidos por los sonidos apagados de la ciénaga. Las hierbas bajas dieron paso al terreno pedregoso que circundaba los límites del lodazal.

Los niños, ahora, avanzaban lentamente, en silencio, chapoteando y abriéndose camino entre el barro. La atmósfera hipnótica de la ciénaga los envolvía. Berenice se detuvo un momento para contemplar sus zapatos y sus enaguas echados a perder, pero Thanos no se detuvo a esperarla, así que lo siguió con determinación, a pesar de que comenzaba a faltarle el aliento.

—¿Falta mucho? —jadeó.

Thanos no se inmutó y continuó caminando. Berenice, temerosa, aguzó sus sentidos. Se escuchaban chapoteos misteriosos, ecos de criaturas ocultas deslizándose bajo el espejo oscuro del agua. A su alrededor se oían zumbidos inquietantes y, de vez en cuando, sentía el dolor punzante de las picaduras de los mosquitos en la piel.

Continuaron avanzando en silencio, chapoteando entre los matorrales húmedos y los helechales vestidos de un verde rabioso. Las ramas espesas de los árboles impedían que los rayos del sol iluminaran el humedal boscoso creando una atmósfera plomiza que a Berenice le causaba terror. La niña escuchaba en silencio el silbido áspero que emitía el viento deslizándose entre los juncos, pero Thanos avanzaba malicioso, decidido, sonriente.

—¡Ya llegamos!

Berenice se detuvo aliviada, pero la sensación se esfumó de repente. Frente a ella se extendía una poza de aguas estancadas; suaves ondulaciones atrapaban la escasa luz en un letargo verdoso en el que flotaban restos de vegetales en distintas fases de putrefacción. Berenice contuvo una arcada.

Thanos parecía contento. En su salsa. Se detuvo delante de la poza y golpeó el suelo con el tronco que había recogido por el camino.

—Mi madre recorría a menudo lugares como este en busca de remedios que vendía a boticarios y médicos —insistió, bajando la cabeza para ocultar su mirada maliciosa.

Berenice asintió. Todo parecía haberse detenido en aquel lugar, incluso el tiempo.

—¿Y qué se supone que buscaba? —preguntó conteniendo una náusea.

Berenice estaba paralizada por la impresión debido al asco y al temor que aquel espacio le producía, así que no se dio cuenta, a tiempo, de que Thanos se le acercaba peligrosamente. De un empujón premeditado la arrojó a la poza. Berenice cayó hacia atrás hundiéndose hasta el cuello. No era muy profunda, así que chapoteó, boqueó, tosió, escupió restos de algas y no tardó en ponerse en pie. Expulsó la bocanada de agua densa que había ingerido y, seguidamente, vomitó. Los restos que contenía su estómago se mezclaron con los restos de musgos, helechos y larvas de mosquito. Su larga melena chorreaba y sentía, por todo el cuerpo, la caricia indeseable de la vida que latía bajo el velo del agua turbia.

Entonces, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Thanos! ¡Malnacido! ¡Ayúdame!

Pero Thanos había desaparecido.

El agua, tranquila pero traicionera, le llegaba hasta los hombros. Cada vez que intentaba moverse para dirigirse hacia tierra firme, los zapatos se fijaban al lodo, que envolvía sus pies como si estuviera provisto de una mano invisible. Cada vez que movía los brazos para mantenerse a flote sentía el abrazo denso y sucio del agua pútrida, que le impedía avanzar. Se deshizo de los zapatos y, descalza, intentó caminar hacia delante, pero sus ropas pesadas y el fango, viscoso y resbaladizo no le facilitaban la tarea. Cada movimiento era una batalla contra el abrazo sofocante de la naturaleza muerta.

En su boca sintió un sabor turbio y metálico. Parecía que algo se había agarrado a su lengua. Intentó sacarlo de su boca, pero no pudo hacerlo y vomitó de nuevo sobre el agua. Lloraba. Lloraba. No tenía fuerzas ni siquiera para gritar y pedir ayuda.

Entre lágrimas percibía las siluetas de los juncos y de las espadañas que bordeaban la poza. Su instinto de supervivencia se sobrepuso, por fin, al asco y al temor, y caminó chapoteando hacia las raíces retorcidas de los árboles, que podrían proporcionarle un asidero.

Mientras avanzaba, notaba el rumor de los pequeños insectos que poblaban la charca. Sentía el frío pegajoso, la humedad rancia y el cosquilleo que le producían las criaturas invisibles que rozaban su piel bajo la superficie. Por más que se esforzaba no conseguía alcanzar la orilla. El tiempo se dilataba en aquel encierro húmedo y cruel.

Entonces, lo vio de nuevo allí, sonriendo. Thanos había permanecido oculto, a cierta distancia, para asegurarse de que sufría lo indecible, pero sin correr riesgo de muerte. El joven se acuclilló, le tendió el tronco y gritó para que lo escuchara bien.

—Sanguijuelas, Berenice. Mi madre cazaba sanguijuelas. Son anélidos, querida. Parecidas a los gusanos que tanto detestas. Se alimentan de sangre. ¿Notas su cuerpo viscoso? No llores, mujer. Su picadura no duele... al menos, al principio. Solo sientes esa humedad pegajosa que se agarra a tu carne... ¿La sientes?

El muchacho se inclinó todavía más, apoyando una mano sobre el terreno fangoso para mantener el equilibrio.

—Las sanguijuelas, querida Berenice, tienen una especie de placas cortantes en su boca; actúan como pequeñas cuchillas para hacer incisiones en la piel. Están organizadas en filas...

—Por amor de Dios, Thanos...—suplicó la niña, jadeando y boqueando, intentando mantener una conversación, a pesar de la masa resbaladiza que se había anclado en su lengua.

Thanos, implacable, continuó con su arenga:

—Algunas especies tienen hasta tres mandíbulas con cientos de diente-cillos que les permiten perforar la piel con facilidad. ¿Los sientes, Berenice? —Thanos rio. Estaba disfrutando de lo lindo aquella meditada venganza.

Berenice gritaba horrorizada mientras trataba de aferrarse al palo que el chico sostenía. Al sacar los brazos del agua para asirse, se dio cuenta de que una docena de extraños gusanos negros se había adherido a sus brazos. La niña gritó desesperada.

—¡Ayúdame!

—Pronto sentirás la picazón, el ardor ligero que acompaña a la extracción de la sangre.

—¡Por amor de Dios! —Berenice hablaba con dificultad. Sabía que había un gusano aferrado a su lengua y no podía dejar de boquear. Intentaba mantener

la boca abierta para no notar su textura blanda y resbaladiza.

Thanos, sonriente, agitó el palo que le tendía sobre el agua.

—Mientras chupan la sangre, las sanguijuelas se estiran y se retuercen lentamente. Muy despacio. A medida que succionan, la zona afectada se entumece y sientes un cosquilleo intenso... ¿Lo sientes, Berenice?

La niña avanzó penosamente hasta llegar a la pared fangosa, se asió con fuerza a los carrizos que crecían en la orilla y extendió su brazo. Miró directamente a los ojos al chico. Le imploró compasión con la mirada, pero Thanos se limitó a soltar el palo, que se alejó flotando lentamente sobre el agua. Berenice se sujetó con fuerza a las raíces retorcidas que sobresalían de las paredes terrosas de la ciénaga e intentó levantar su cuerpo para salir del agua, pero no tenía fuerza suficiente. Los pies seguían enterrados en el lodo del fondo. El chico se inclinó para que su rostro quedara a la altura del de la joven.

—No intentes arrancarlas —susurró—. Ellas se desprenderán cuando estén listas. La piel te quedará marcada. Tendrás heridas que permanecerán abiertas durante un tiempo. ¿No notas cómo se alimentan?

Berenice ya no lo escuchaba. Sentía que su lengua se hinchaba y sentía la textura gelatinosa del gusano en su boca. Pero tenía que sobrevivir. Tenía que permanecer bien sujeta y recuperar fuerzas para salir de aquella situación en la que se encontraba, a causa de su estupidez.

—Estos animalillos continúan con su silenciosa invasión, querida. Ocultos en los pliegues escondidos de tu cuerpo. ¿Notas el roce viscoso? Un cosquilleo frío... Por cierto, prima, ¿sabías que en esta poza se ahogó tu

hermano? Qué muerte tan asquerosa y horrible tuvo, el pobre...

La respiración de Berenice se tornó errática y cerró los ojos. Entonces, Thanos decidió que ya había sido suficiente.

—Voy a pedir ayuda. No tardarán en venir a rescatarte. Si aguantas media hora más te habrás salvado. Y si cuentas algo de lo ocurrido, la próxima vez te mataré. Te proporcionaré una muerte tan horrible, lenta y dolorosa que lamentarás no haber mantenido la boquita cerrada. ¿Lo entiendes?

Berenice asintió con la cabeza y, entonces, Thanos salió corriendo. Corrió como alma que lleva el diablo. En ningún momento dejó de reír. Ni siquiera sabía por qué se sentía tan feliz.

Berenice estaba a punto de perder la conciencia cuando sintió unos brazos fuertes que la agarraban y la impulsaban hacia arriba. Oía un coro de voces masculinas y femeninas que gritaban: «¡Vive!». Jadeaban y pronunciaban frases que no entendía. Sentía el cuerpo tumefacto e hinchado, el rostro, los brazos, las piernas, las ingles... le ardían terriblemente. Pero ya no sentía el olor nauseabundo de la ciénaga. Sentía la caricia de la brisa y el aroma fresco de las rosas silvestres. Oyó un lamento desesperado y reconoció la voz de su madre. También escuchó la voz ronca del doctor Barrow y las órdenes implacables de su padre.

Un grupo de aldeanas estiró una gruesa manta sobre la hierba mientras que algunos campesinos clavaban estacas y las cubrían con un tejido grueso y opaco para crear una especie de biombo improvisado, y proporcionar a las mujeres y al doctor cierta privacidad.

Su madre, una criada y el doctor se arrodillaron y desvistieron a la infeliz criatura. Recorrieron con sus dedos cada centímetro de piel, cada pliegue, cada pelo, para asegurarse de que, después de la intervención, no quedara ninguna sanguijuela en el interior de su cuerpo.

Tras la primera inspección, la cubrieron con sal. Berenice emitió un gemido de dolor y se encogió. Clarence sujetaba la cabeza húmeda de su hija, echándole la larga melena hacia atrás.

—Tranquila... —le murmuró cerca del oído conteniendo las náuseas—. Estás a salvo. Aguanta un poco más... Solo un poco más.

El doctor introdujo unas pinzas en su boca y, con pericia, extrajo el gusano que se había adherido a la lengua de la joven. La sanguijuela se retorció y el

médico la introdujo en un frasco. Un hilillo de sangre resbaló por la comisura de los labios de la niña. Clarence la limpió con un pañuelo húmedo.

Berenice enterró su mano en la mano recia de su madre y susurró:

—Thanos...

Clarence le puso la mano sobre los labios.

—No hables, mi niña. Guarda tus fuerzas. Thanos cruzó la ciénaga y nos avisó de lo ocurrido. Nos explicó que te vio dirigirte hacia la zona prohibida y te siguió por si sufrías algún percance. Cuando te caíste, no supo qué hacer, así que decidió correr para buscar ayuda. ¡Y acertó! Seguramente, te ha salvado la vida, querida...

—No. No...

—Silencio. —Su madre le acarició las mejillas, que se veían hinchadas al igual que los párpados, que mostraban un feo hematoma.

Poco a poco, la sal hizo su efecto y los anélidos fueron despegándose del cuerpo de la niña hasta que no quedó ninguno. Envolvieron a Berenice en la manta y en unas improvisadas parihuelas la trasladaron a la mansión. Una vez allí, en la protección de su dormitorio se sintió a salvo. Dos sirvientas la introdujeron en una bañera de agua templada con fragancias de rosas y flores secas que crecían en el jardín. El agua perfumada arrastró la suciedad y el olor a muerte. Después, rociaron su cuerpo con vinagre para evitar que las heridas se infectaran.

—¡Duele mucho, mamá! —gimió Berenice. La lengua todavía permanecía hinchada y apenas podía pronunciar palabra.

—Lo sé, cariño. Lo sé —sollozó Clarence—. Pero no podemos correr el riesgo de que las heridas se infecten. Lo entiendes, ¿verdad?

La niña asintió mientras la vestían con un amplio camisón y la tumbaban en la cama. El cuerpo entero le ardía, pero las enaguas y los pololos habían, posiblemente, evitado peores complicaciones.

Le aplicaron en brazos y piernas vendajes de presión empapados en tintura de yodo para controlar el sangrado, ya que, aunque las sanguijuelas habían sido retiradas, la hirudina, anticoagulante natural excretado por los anélidos, dificultaba la cicatrización de las heridas.

—Mamá...

—Aquí estoy, hija mía. ¿Necesitas algo?

—Thanos me empujó.

Clarence se tensó.

—¿Estás segura? ¿Cómo explicas, entonces, que corriera tanto para avisarnos? ¿No te habrás confundido?

Berenice miró a su madre, que sostuvo su mirada.

—Me ha amenazado de muerte, pero estoy segura de que no quiere matarme. Solo quiere mortificarme... lo hace una y otra vez y ya no puedo soportarlo. Si papá no le pone fin a este suplicio, juro que me mataré.

En aquel momento, Clarence sintió la presencia amenazante de Elysa. Un chorro de energía tan densa como el plomo le hirió la piel como habría hecho una bofetada. Pensó en su pequeño. En su desgraciado hijo muerto, que todavía no había encontrado la paz eterna, y pensó en su hija, que luchaba por continuar viviendo. La presencia se hizo tan fuerte que, incluso, provocó que la piel se le llenara de moratones.

Aun así, Clarence se levantó y abandonó el dormitorio.

La presencia de Elysa la siguió mientras avanzaba, decidida, por el corredor.

VI

Thanos se encontraba en el salón principal esperando la llegada de su tío. Miró el reloj de factura francesa que estaba sobre la chimenea de mármol y contempló de cerca los tapices que presidían la sala y que constituían una representación victoriana de la obra de Bayeu. El suave roce de la seda sobre el parqué lo distrajo.

Clarence entró en la habitación. Su semblante tenso, su rostro ojeroso y sus labios prietos evidenciaban el sufrimiento que había experimentado. Su tía vestía de negro, como siempre hacía desde que su hijo pequeño había muerto.

El joven inclinó la cabeza levemente a modo de saludo. Clarence se acercó al muchacho. Su mirada se concentró en el tapiz.

—La escena muestra la traición de Haroldo Godwinson, último rey anglosajón de Inglaterra.

—Lo sé, tía —interrumpió Thanos—. Mi preceptor me lo ha explicado...

Clarence respiraba con dificultad.

—Haroldo pertenecía a una de las familias más importantes de Inglaterra. Era hijo de Godwin y conde de Wessex. La escena, como seguramente sabrás, muestra el momento en el que Haroldo cae en la batalla de Hastings, en manos de Guillermo, el Conquistador.

—Sí, tía. Conozco la historia. El 14 de octubre del año 1006. El incidente marcó el inicio del dominio normando en Inglaterra.

Thanos evitó la mirada insistente de su tía, centrándose en los detalles del tapiz, como si realmente le interesara.

—Es una historia que muestra la brutalidad indeseable de la guerra. Una historia de traición... y de venganza —afirmó Clarence.

El joven miró a su tía de manera inquisitiva y apoyó la mano sobre su hombro. Con suavidad, la mujer la retiró.

—¿Estás tratando de decirme algo, tía?

Clarence relajó el gesto y lo miró con tristeza. Sentía, de nuevo, la presencia angustiada de Elysa. «¿A qué esperas? ¡Haz algo!», le susurró. Pero Clarence permaneció en silencio y abandonó la estancia con la espalda tan inclinada como encogido estaba su corazón.

VII

«Ya son las nueve», pensó Thanos, inquieto. Hacía quince minutos que había finalizado la extraña visita de su tía. Los criados habían cerrado las ventanas y prendido los candelabros y las lámparas de aceite, que iluminaban con suavidad el recio aparador que presidía la estancia. Sus botas, recién lustradas, habían dejado rastros de barro en la rica alfombra persa que su tío había comprado en uno de sus viajes.

Las rígidas costumbres de la casa se habían alterado aquella tarde, en la que todos iban y venían apresurados, recorriendo con premura la distancia que separaba la cocina del piso en el que se hallaba el dormitorio de Berenice. Portaban jofainas de agua templada, utensilios de todo tipo y remedios.

Ahora, la mansión había recuperado la calma. En el salón principal solo se escuchaba el tic-tac del reloj. De las cocinas llegaba el aroma suave del guiso que seguramente les servirían para cenar. Thanos se resistía a reconocer que la presencia de su tía lo había alterado. De todas formas, no tenía que extrañarle, porque siempre que Berenice sufría algún percance, su mano negra acostumbraba a estar detrás. ¿Por qué no iba a sospechar?

Mientras, horas atrás, un grupo nutrido de campesinos y sirvientes, comandados por su tío, se habían dirigido a la ciénaga, él se había refugiado en la biblioteca. Allí había permanecido en silencio sepulcral hasta que la casa se había llenado de nuevo de susurros agitados, de voces alteradas y de llantos. En aquel momento, Thanos había experimentado cierto desasosiego. Esperaba que Berenice no hubiera muerto.

De ser así, la vida en la casa le resultaría francamente tediosa.

Hacia las ocho y media de la tarde, una criada le advirtió de que el señor quería hablar con él. Le dijo que lo atendería en el salón principal a las nueve. Thanos se estaba preparando para recibir su recompensa. Pero, entonces, su tía Clarence hizo una aparición fugaz que lo desconcertó y, tan pronto como vino, se marchó. El joven permanecía de pie sumido en sus pensamientos cuando escuchó pasos en el recibidor, que constituía la antesala solemne del salón principal, y se cuadró en pie. Con el rostro serio y circunspecto, Clarence y su tío Jeremiah entraron en la habitación. Thanos lo ignoraba, pero en la estancia había alguien más, solo que él no podía percibir su presencia.

Clarence se sentó en el amplio sofá Chesterfield y bajó la mirada. Sir John se le acercó, achicó los ojos y asintió lentamente con la cabeza.

—¿Cómo se encuentra mi prima? —Thanos se apresuró a preguntar.

—Está fuera de peligro, pero sufre.

—Lo lamento, tío.

Sir John lo miró a los ojos:

—No. No lo lamentas...

Nadie osó pronunciar palabra. Thanos no se esperaba aquella respuesta, así que permaneció con sus sentidos alerta. No sintió miedo, pero buscaba en su mente excusas convincentes, respuestas. Era de mente ágil, y si la mocosa de su prima se había ido de la lengua, sería su palabra contra la suya. No podían culparle sin correr el riesgo de equivocarse. Pensaba en estas cosas cuando su tío lo apuntó con la punta de su bastón en el corazón para mantener cierta distancia. El joven soportó la presión ejercida sobre su camisa y no se movió.

—Berenice me ha explicado lo sucedido.

—¿Y qué le ha dicho? —preguntó Thanos, inmutable—. Me gustaría saberlo. Exijo mi derecho a defenderme, como usted comprenderá —Levantó la voz intentando parecer airado.

—La empujaste. La dejaste en la poza y la amenazaste de muerte si explicaba lo sucedido...

—Mentira —afirmó Thanos—. No fue así como ocurrió. Lo juro ante Dios.

—Tu juramento no tiene ningún valor, sobrino, porque no crees en el Altísimo. ¿Sabes por qué estoy tan seguro de que Berenice dice la verdad?

—¿Por qué? —Thanos se puso en guardia.

—Berenice no miente jamás. Jamás. Incluso eso es algo que sabes tú. Cuando se porta mal recibe un castigo y lo asume. Siempre dice la verdad.

—Pues yo afirmo que miente, milord.

Se escuchó un gemido ahogado proveniente del otro extremo de la sala. Pero ninguno de los dos retiró la mirada del otro.

—He visto el terror en su rostro. Un miedo feroz en sus ojos, una angustia y un desconsuelo que no pueden fingirse. Y mucho menos tratándose de una niña pequeña. Tú y yo nos conocemos bien, Thanos. Ambos sabemos que no tienes sentimientos ni remordimientos, y la mayoría del tiempo ni siquiera te esfuerzas en ocultarlo. Pero has terminado con mi paciencia. Hoy, ahora. Cuando recibas tu merecido te marcharás de mi casa como entraste, sin nada. Y no regresarás jamás.

El joven inhaló aire, levantó la mano lentamente y sujetó con firmeza el bastón que su tío mantenía contra su pecho. Lo retiró sin notar resistencia.

Pero la maniobra de su tío le cogió totalmente desprevenido. El conde sacó la fusta que llevaba oculta

bajo el esmoquin y le asestó un golpe en la cara tan fuerte, tan brutal, que la piel inmediatamente se descarnó y empezó a sangrar en abundancia.

Thanos se echó hacia atrás y se protegió el rostro con el brazo mientras reculaba, pero Jeremiah lo golpeaba con saña una y otra vez. Una y otra vez, jadeando a causa del esfuerzo. Su rostro amoratado y la vena hinchada que latía en su sien constituían una manifestación de la rabia con la que asestaba cada golpe.

Sir John fustigó al muchacho a conciencia, sin piedad, sin darle tiempo a reaccionar. Clarence bajó la mirada sollozando. Elysa, furibunda, se situó entre su hijo y su hermano. Pero era consciente de que, sin la presencia de un médium, no podía alterar físicamente el estado de la materia. Y, su cuñada, la pusilánime y tibia Clarence, la ignoraba, cosa que jamás había hecho hasta aquel momento. Elysa estaba desesperada. Temía por la vida de su hijo. Y parecía que no hubiera nada que pudiera hacer.

—¡Detente! —gritó, colocando su mano invisible sobre el hombro de su hermano. Pero solo Clarence podía escucharla—. ¡Vas a matarlo!

Thanos se lamía la sangre que brotaba de las heridas mientras retrocedía, intentando esquivar los golpes de su tío, que le hostigaba sin descanso. Solo se escuchaban el chasquido agudo de la fusta, sus respiraciones agitadas y sus gemidos.

Finalmente, el joven, muy malherido, tropezó en la mesita que se hallaba junto al bureau. El jarrón, que contenía las mejores rosas del jardín, se estrelló contra el suelo. Thanos trastabilló y cayó sobre la alfombra, que se había empapado de agua, echó la mano para apoyarla, darse impulso y, así, incorporarse, pero se cortó con un fragmento de vidrio, que había cogido para defenderse.

John se alejó unos pasos jadeando intensamente. La fusta se había partido por la mitad, así que se desabrochó el pesado cinturón de cuero que sujetaba sus pantalones y continuó golpeando a Thanos. Pero el muchacho no suplicó perdón.

El último golpe fue el definitivo. La pesada hebilla de cobre dio de lleno en el ojo izquierdo del muchacho, que sintió una punzada afilada en la sien y empezó a sangrar con profusión. Clarence lloraba. Elysa se diluía desesperada en la atmósfera opresiva de la habitación.

Thanos se llevó la mano a los ojos. Y, entonces, se acordó de las veces en las que su padre lo había fustigado hasta hacerle perder el conocimiento. Entonces, toda la rabia contenida, todo el odio acumulado, toda la furia brotó de repente.

Thanos se levantó. Jeremiah jadeaba y, aun así, asestó un último golpe, pero Thanos sujetó la correa y se lanzó contra su agresor con toda la potencia de sus sentimientos maltratados. Lo empujó con tanta fuerza, que el hombre perdió pie y cayó hacia atrás.

Un crujido seco y una enorme mancha de sangre sobre la alfombra mostraron que Sir Jeremiah se había partido el cráneo al golpearse la cabeza contra la base de la chimenea.

Thanos permaneció un tiempo eterno encima de su tío, que yacía con los ojos abiertos inyectados en sangre. Lo agarró del cuello y lo estranguló hasta que notó el sonido hueco que hizo la nuez al partirse. Su nariz y sus oídos emanaban un fluido claro y espeso, que claramente provenía del cerebro.

Finalmente, Thanos sintió que lo asían con fuerza y lo arrastraban hacia atrás. Su sangre cubría el parqué.

Después, se hizo la oscuridad.

Horas más tarde, las campanas de la parroquia tocaron a muerto. En la residencia solariega, todos se preparaban para un nuevo comienzo.

VIII

Londres, 12 de septiembre de 1862

Berenice recordó la muerte inesperada de su padre y las consecuencias que acarreó. Aquella noche, cuando fue consciente de que su progenitor había muerto sintió un enorme alivio. Una criada le había explicado que tío y sobrino habían discutido y, como consecuencia, sir John había entregado su alma al Santísimo y Thanos fallecería seguramente durante las próximas horas a causa de las heridas. Lo estaba atendiendo el doctor Barrow, pero dudaba que sobreviviera.

Berenice sollozó y la criada la acunó murmurándole que lo sentía. Pero no recordó haber sentido lástima, ya que su padre la golpeaba con la fusta casi tan a menudo como a Thanos. Recordó que su madre había entrado vestida de luto riguroso en su dormitorio y que se movía con energías renovadas.

—Berenice, nos vamos —le dijo—. Tendrás que ser fuerte. —Hablaba, decidida, mientras las criadas se apresuraban a colocar sus pertenencias en grandes baúles.

En aquel instante, Shellon entró en la habitación sigilosamente. Berenice regresó al presente y le sonrió.

—¿Te acuerdas de la noche en que murió mi padre?

—Recuerdo lo que me has contado...

—Al día siguiente, mi madre y yo nos trasladamos al convento. Y allí encontré la paz, gracias a ti.

—Mentirosa. Te aburrías mucho, confíésalo...

—Tú estabas allí. Era imposible aburrirse... Fueron los años más felices de mi vida.

—Sí, mi niña. Recordemos cosas bonitas, ¿quieres?

La mirada de Berenice se perdía en los sauces que se movían llorones en el jardín mientras la hermana Shellon parloteaba. A media tarde escuchó el lóbrego tañido de las campanas.

«Muy pronto tocarán por mí», pensó.

Pero, en el fondo, no perdía la esperanza...

Esperaba que, durante el tiempo necesario, la Inevitable mantuviera sus afiladas tijeras guardadas en su bolsillo.

Continuará...

